

Catarineu, Dolores. *Ausencia. Antología poética*, edición de Fran Garcerá y Marta Porpetta, Madrid, Torremozas, 2022, 224 pp.

JUANA CORONADA GÓMEZ GONZÁLEZ
Universidad Complutense de Madrid
jcggonzalez@ucm.es
ORCID: 0000-0003-2670-2791

EN *AUSENCIA. ANTOLOGÍA POÉTICA* (Torremozas, 2022) se presenta la primera antología individual de la obra de la poeta madrileña –nacida en Aravaca– Dolores Catarineu (1914-2006), otra más de las escritoras olvidadas de nuestro siglo XX. Sus editores, Fran Garcerá y Marta Porpetta, continúan recuperando nombres femeninos de la fosa del olvido, resolviendo así la ‘ausencia’ de esta interesante escritora. Dice Garcerá, el prologuista, que «pertenecemos a una generación de lectores que no conoció, excepto en contadas ocasiones, a las autoras de su propia historia literaria» ya que «su presencia se encontraba en los márgenes del campo cultural de su época». Es para felicitarse que, en la actualidad, haya una corriente de trabajo e investigación, junto a unos lectores que desean y demandan conocer de forma exhaustiva y rigurosa a nuestras autoras, las de nuestra historia literaria.

Catarineu, hija de la pequeña burguesía industrial del Madrid de la primera mitad del siglo XX, tuvo pronto la afición y el interés por la poesía. Según declaró en una entrevista sin datación conocida a uno de sus amigos de juventud, Mariano Rodríguez de Rivas, comenzó a escribir a los diez años, en el jardín de la casa familiar en Aravaca. A tan temprana edad, era lectora de Juan Ramón Jiménez.

Algo más mayor, y de acuerdo con la editora Luzmaría Jiménez Faro en *Poetisas españolas. Antología general. Tomo II: de 1901 a 1939* (Torremozas, 1996), una tímida jovencita se acercó a la residencia del gran poeta – hombre «fuerte, de mirada dura y oscura, como un árabe»–, al

que admiraba tanto, una vez que tuvo redactados un número suficiente de poemas:

El poeta advierte su exquisita sensibilidad, la luz que se disuelve en sus imágenes, su melancólica sensación de misterio, y se decide a ser su maestro. Corrige, tacha, y de su puño y letra califica los versos y los poemas: *bien, muy bien*, hasta que el libro queda perfectamente ordenado para su publicación.

Tanto apreció Juan Ramón los poemas de Catarineu que le escribió el texto preliminar titulado «La rama de la poesía», el cual acompañó al primer poemario de la escritora, *Amor, sueño, vida* (1936), impreso por Afrodisio Aguado, el favorito del onubense. Por desgracia, el estallido de la Guerra Civil el mismo año de su publicación dejó en un injusto olvido esta apreciable obra, aparecida en la primavera de 1936.

De Juan Ramón, nos comenta el prólogo, recibió Catarineu algunos consejos, como por ejemplo que la poesía es «un sacerdocio» que hay que tomar muy en serio, y que el poeta perfecto era, a su juicio, la combinación de la fuerza poética de Miguel Hernández y la exquisita sensibilidad de Jiménez.

Ya en la Posguerra Dolores Catarineu, joven más madura y que ha vivido las vicisitudes de la guerra –como fue un registro al domicilio familiar, ya que los Catarineu pasaban por afines a Falange, algo cercano a la realidad de ella misma, miembro de la asociación literaria conservadora «Los Jóvenes y el Arte», donde militaban ilustres falangistas –, publica su segundo y último libro de poesía, *Siempre* (1943). Tiene este un aire evidentemente juanramoniano, aunque sin poder contar con la supervisión de su maestro, exiliado en América. A partir de entonces, publica en revistas literarias –*Mediterráneo*, *La Estafeta Literaria*, *Acanto*, *Poesía Española*, *Garcilaso*–, diarios conservadores como *ABC*, o revistas femeninas como la falangista *Y*.

Es especialmente relevante la presencia de Catarineu en las páginas de la revista *Garcilaso* en los primeros años de la posguerra: en primer

lugar, por la escasa presencia de escritoras en sus páginas, y después, porque la poeta de Aravaca tuvo el honor de ver dos páginas casi centrales dedicadas a ella, donde se recogían seis de sus poemas. Esto ocurrió en el número 10 de febrero de 1944. No obstante, la revista también publicó poemas de la autora en otros cuatro números (2, 12, 20 y 24).

Poco a poco Dolores Catarineu va abandonado la relevancia pública de la que brevemente disfrutó para dedicarse a su vida matrimonial. Casada el 17 de enero de 1948 con el pintor alemán Hans Bloch, ambos forman un matrimonio feliz y enamorado hasta el final de su vida en común. Juntos viven grandes experiencias, como su marcha a Guinea Ecuatorial, colonia española donde ambos dirigían una plantación de cocos y donde Catarineu escribe algunos de sus poemas inéditos, como el melancólico «Otoño en África» que nos ofrece la antología de Torremozas.

En la madurez, de vuelta en Madrid, Dolores Catarineu lleva una vida recogida, donde su familia y amigos son el núcleo. Amiga de los Ortega Spottorno –vecinos suyos–, los Dafaucé o Juan Manuel Bonet, la llamada telefónica de Luzmaría Jiménez Faro, fundadora de la editorial Torremozas, le devuelve la ilusión: «¡Por Dios, pero si nadie se acuerda de mí! ¡Si nadie me lee! ¡Cuánto agradezco tu llamada!», le espeta, emocionada. El encuentro entre Jiménez Faro y Catarineu es reconfortante para ambas.

En *Ausencia. Antología poética* encontramos el reflejo poético de esta vida, resumida en pocas líneas. La selección de Garcerá y Porpetta destaca, entre otras cosas, por incluir de forma íntegra *Nuevos paisajes*, de las Entregas de Poesía de Barcelona, un cuadernillo de poemas publicado en 1944. también, por incluir cincuenta y cinco poemas inéditos que se encontraban en el archivo personal de la autora, custodiados por su familia. Destacan varios dedicados a su marido, muy bellos, como «A un cuadro de Hans» (Pollensa, 1974); «Recuerdo de Hans» (febrero de 1986); «A una rama retenida» (Pollensa, agosto de 1993); «Mi so-

berbia» (mayo de 1998), escrito dos años después de su muerte; y el más temprano de todos (1946), con la dedicatoria «En recuerdo de Hans en Berlín» que dice:

Las mariposas blancas
me hablaron de tus manos.
El pino de tu acento,
el viento de tu voz.
De tu ruda existencia
la noche tormentosa.
De tu suave palabra
me habló Dios.

Junto a estos poemas destacan los escritos en Alemania, el Cabo de San Juan –entre 1950 y 1951–, donde destaca «África», y España. – como «Museo Sorolla», 1984 –, hasta llegar al último de la antología, un poemita dedicado a una joven pintora y amiga, Begoña Summers, escrito en enero de 2006, cinco meses antes de su fallecimiento:

En la mente de Dios
estabas ya,
como nube transparente
y cristalina.
Dios te lanzó a la vida
para reflejo bello
de las cosas.

Esta atractiva e indispensable antología se completa con una serie de fotografías de Dolores Catarineu, y una reproducción de las dedicatorias que conservaba en su poder. Es maravilloso el anexo fotográfico, que recoge imágenes pertenecientes al archivo personal que la familia de la escritora conserva en la que fuera su última vivienda en Madrid, junto al Museo Sorolla. Retratos fotográficos de la niñez –vestida de ángel–, de su primera juventud, y de los años cuarenta y siguientes, donde Catarineu destaca por su amplia sonrisa y su elegante indu-

mentaria. Para quien esto escribe es especialmente emocionante ver el rostro de Catarineu en tantas fotografías de su vida privada, transmitiendo alegría y vitalidad, pero también el de su marido, el pintor Hans Bloch, en varias instantáneas –hombre espigado y elegante–, así como retratos pictóricos de enorme calidad, realizados por el amigo de la poeta, el pintor Pedro Bueno, quien la retrató, al menos, en tres ocasiones. Y es que la ausencia de las escritoras en nuestra historia literaria en más de una ocasión conlleva la ausencia de sus rostros, que tanto dicen de las personas.

Para terminar, hay que felicitar a la editorial Torreozas por lanzar al mercado esta obra, parte de su colección «Poesía de Mujeres», tan gustosa de hojear y tan atractiva de leer.